

EL FARISEO Y EL PUBLICANO

(LC 18-9-14)

“Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador”



Saludos a todos los amigos de la Biblia

INTRODUCCIÓN

El texto de hoy comienza con esta frase:

*A unos que se tenían por justos y despreciaban a los demás,
(Jesús) les dijo esta parábola.*

Jesús deja claro, desde el inicio, quiénes son los destinatarios de sus palabras: los soberbios, orgullosos y prepotentes que, desde su pedestal de autosuficiencia, se consideran legitimados para juzgar y etiquetar “al resto de los hombres”.

Podemos pensar que quienes se comportan de ese modo son los otros, no nosotros, pero ¿quién no se ha creído alguna vez mejor que alguien o lo ha juzgado y despreciado por considerarlo peor o inferior? Y lo contrario: también es posible que nos hayamos reconocido pequeños, pecadores e indignos de estar ante Dios. La parábola de Jesús, por tanto, nos incumbe.

LOS PERSONAJES

La parábola presenta dos personajes: el fariseo, un “HOMBRE ENGREÍDO”, y el publicano, un “HOMBRE HUMILDE”. Cada uno de ellos encarna dos actitudes muy diversas en un marco común: el de que ambos son religiosos y van al templo a orar.

En apariencia los dos hacen lo mismo, sin que la postura o el lugar donde se colocan sean diversos o especialmente significativos. Uno y otro causarían una buena impresión en quien los viera rezar pero, como en muchos otros textos bíblicos y en la misma vida, lo esencial no está en el exterior visible, sino en el interior, que no se ve. Es muy importante tener esto en cuenta siempre.

EL HOMBRE ENGREÍDO

EL PRIMER PERSONAJE ESTÁ DE PIE Y ORA A DIOS EN SU INTERIOR. La ilustración que acompaña este comentario nos lo presenta en postura altiva, con la cabeza y la mirada levantada y el dedo pulgar apuntando hacia sí mismo. Se dirige a Dios pero habla de sí, enalteciéndose por lo malo que no hace y lo bueno que hace.

Su actitud interior y su postura exterior es la propia de una persona orgullosa que se considera digna de mirar a Dios cara a cara y de juzgar y etiquetar al “resto de los hombres”, sin ni siquiera conocerlos, metiendo a todos en el mismo saco. Para él todos son despreciables si comparados a él, el único perfecto e intachable:

El fariseo, de pie, hacía en su interior esta oración: Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano; yo ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo.

¿Cómo nos impactan las palabras y la actitud de este hombre? ¿Cómo nos resuenan? Lo más probable es que nos rechinen, nos caigan mal y nos causen una mala impresión. Su postura nos parece arrogante, desafiadora y despreciable.

En el caso del fariseo esto es claro, pero esta misma actitud interior puede darse bajo palabras y formas revestidas de suavidad y aparente humildad. Es el caso, por ejemplo, de quien, ante la figura del fariseo, rápidamente se pone a salvo diciendo: “¡Gracias

a Dios yo no soy así! Yo reconozco mis errores, soy humilde y no desprecio a los demás”; o de quien, trabajando noche y día en favor de los pobres o de la Iglesia, busca y espera la admiración y el reconocimiento ajeno; o de quien proclama a los cuatro vientos su humildad para ser considerado como tal. Es frecuente que la soberbia u orgullo de fondo se disfracen de sencillez, generosidad o falsa humildad.

Esto no significa que la persona sea falsa o mienta. Puede ser que se vea realmente así, al ser incapaz de vislumbrar su verdad real. Lo que este hombre dice es verdad: no hace el mal y es un fiel y perfecto cumplidor de la ley. Tiene conciencia de ello pero, como ya hemos dicho, lo exterior no da la medida de su ser porque lo que ve no refleja la verdad de su interior, que no ve. EL GRAN PROBLEMA DEL SOBERBIO ES LA CEGUERA Y TAMBIÉN SU MAYOR PECADO.

Cumple todas las normas, pero eso mismo le ha llevado a que en su interior crezca y anide el mayor de los pecados: la soberbia, el orgullo y la prepotencia. ¿En qué se manifiesta? En su considerarse superior a los demás y en el modo como juzga y condena a todos sin excepción:

Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano.

¿Quién le ha dicho a este hombre que todos los demás son ladrones, injustos y adúlteros? ¿Quién que el robar, cometer injusticia o adulterio es lo que define a la persona como mala? ¿Quién que no haberlo hecho la define como buena? Todos podemos haber caído una y mil veces (o caer todavía) en esto o aquello, pero las personas somos mucho más que nuestros actos. ¿Quién le da derecho a juzgar y condenar a “todo el resto de los hombres”? ¡Nadie!, pero él, admirado de sí y cegado por su soberbia, solo distingue entre él, el único perfecto, y los demás.

Años atrás una religiosa misionera en Colombia me contó que durante la guerra que asoló aquel país por más de cuarenta años y dejó un sinfín de niños sin padres, una prostituta adoptó a tres niños que se habían quedado huérfanos. ¿Qué es lo que define a esta mujer: su práctica de la prostitución o el enorme amor que manifestó con su gesto? ¿Qué verá Dios en ella? ¿Qué vio Jesús en la

mujer que entró en la casa del fariseo que le había invitado a comer (Lc 7,36-50)? El fariseo solo vio a una “pecadora pública”, mientras que Jesús vio, por encima de todo, su amor: “ha mostrado mucho amor” (Lc 7, 47) y su fe: “tu fe te ha salvado; vete en paz” (Lc 7,50).

Yo mismo conocí a una señora muy pobre en Brasil que adoptó a tres niños abandonados. Todavía recuerdo el cariño con el que nos recibía en su humilde casa, su compartir con nosotros lo poco que tenía y su dedicación a aquellos niños.

Los publicanos eran colaboracionistas de los invasores romanos y cobradores de impuestos en favor de la potencia dominadora. La mayoría de ellos se aprovechaba de su posición para extorsionar y enriquecerse, por lo que tenían fama de ladrones y eran detestados por la gente. Por ese motivo raramente se los veía por la sinagoga o el templo. En los Evangelios tenemos el caso de Zaqueo (Lc 19,1-9), “jefe de publicanos y rico”, que después de su encuentro con Jesús confiesa que ha robado y se dispone a reparar el daño hecho. ¿Por qué, ya de partida, un publicano debe ser considerado malo sin saber nada más de él?

LA PEDAGOGÍA DE DIOS

¿Cómo actúa Dios con quienes se tienen (o nos tenemos) por justos y desprecian a los demás? El texto nos da dos indicaciones:

1ª - Este hombre (el publicano) volvió a su casa justificado y el otro (el fariseo) no.

No hay perdón, no puede haberlo para quien no se ve necesitado de recibirlo, por eso la ilustración deja al fariseo en la sombra: en la sombra de su mayor pecado, la soberbia.

2ª - El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

María en el Magnificat lo dice de otro modo: “El Señor derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (Lc 1,52). De ahí que Dios tenga que derribarnos de nuestro pedestal, romper nuestras defensas y hacernos ver lo que en realidad somos: pequeños, incapaces de ser buenos, pecadores..., indignos, en definitiva, de estar de pie ante Dios en actitud orgullosa.

Desde aquí se puede encontrar sentido a las cosas desagradables que nos suceden y que solemos clasificar como malas:

crisis, fracasos, enfermedades, pérdidas, injusticias, abandonos, deseos no alcanzados... Todas ellas nos hacen ver nuestra verdad más honda y nos ponen en nuestro sitio, que no es otro que el del publicano, tan despreciado por el fariseo.

Dios se encarna en estos acontecimientos y nos va abriendo los ojos para que tengamos experiencia de lo que somos y seamos humildes, porque solo desde la humildad puede surgir de nuestro corazón la oración de súplica: "Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador".

Al contrario de la oración del publicano, la del fariseo es de auto-bombo, de auto-exaltación soberbia y orgullosa al creer que todo lo alcanzado es mérito suyo y que eso le da derecho a situarse por encima del "resto de los hombres". Aunque dice: "Dios mío, te doy gracias", en realidad no agradece nada porque piensa que todo lo ha hecho él y no ve nada en su vida que sea don de Dios. Es una oración centrada en sí mismo, no en Dios.

EL HOMBRE HUMILDE

La imagen que ilustra este comentario representa al segundo personaje DE RODILLAS, CURVADO Y EN ACTITUD ORANTE, reflejando cómo se siente: pequeño, pecador e indigno de estar ante Dios. Sin méritos propios solo le queda suplicar:

El publicano... se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: "Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador".

Puede ser que haya quien considere esta actitud impropia del ser humano por humillante o expresión de falta de auto-estima. Quien piense así no se ha enterado de nada de lo que este hombre vive por dentro y de lo que su gesto y sus palabras expresan.

¿Qué le ha sucedido para llegar hasta aquí? No lo sabemos pero podemos pensar, sin forzar el texto, que ha vivido acontecimientos o experiencias que le han ido cambiando y configurando en su actitud humilde y suplicante. Sea lo que sea, este hombre tiene conciencia de ser "un pecador", lo que le lleva a situarse lejos, sin ni siquiera levantar sus ojos al cielo, a golpearse el pecho y a suplicar a Dios que tenga compasión de él.

Como en el caso del fariseo, lo que dice es verdad, pero ¿por qué la verdad del fariseo le lleva a ser soberbio y la del publicano a ser humilde y a suplicar? ¿Qué tiene el hacer todo bien, que a veces aleja de Dios?, y ¿qué tiene el pecado que, también a veces, acerca a Dios?

Es curioso observar que en los Evangelios no se encuentra ningún caso de soberbios que hayan aceptado y seguido a Jesús, pero sí muchos de pecadores que se le acercaron y suplicaron, que fueron curados o perdonados por él e, incluso, que le siguieron. Es el caso, por ejemplo, del endemoniado de Gerasa (Mt 5,1-20), de la mujer pecadora (Lc 7,36-50), del hijo pródigo (Lc 15,11-32), del buen ladrón (Lc 23,39-43), de Zaqueo (Lc 19,1-20) e incluso de Pedro (Lc 22,33-34.54-62). Todos ellos tuvieron que aprender a ser humildes.

¿Por qué esto? ¿Es que el pecador tiene alguna ventaja sobre quien cumple a rajatabla sus obligaciones? Hay un antiguo refrán español que dice: “EN EL PECADO ESTÁ LA PENITENCIA”, dando a entender que todos pagamos las consecuencias del mal que hacemos: decepción, sufrimiento, soledad, angustia..., lo que muchas veces nos lleva a reconsiderar, desear y buscar otro tipo de vida porque hemos aprendido la lección. La experiencia del dolor, de la propia frustración, debilidad e impotencia lleva a mucha gente a preguntarse: “¿Quién me liberará del poder del mal que me habita?”, lo que abre a la persona a la acción de Dios, de modo que cuando aparece la luz el corazón del hombre se dirige hacia ella y surge la oración de súplica, como vemos en el publicano.

Lo propio del fariseo, por el contrario, es la ceguera, por eso no ve el pecado de soberbia que se esconde bajo la capa de su perfecto cumplimiento, mucho más grave que robar, haber sido injusto o adúltero, dejar de ayunar o de pagar los diezmos, porque le impide reconocer a Dios.

Este hombre confunde su pecado con virtud, por eso su oración es orgullosa y en clave negativa: “Dios mío, te doy gracias porque NO SOY COMO...”, mientras que la del publicano es lúcida, humilde y en clave positiva: “DIOS MÍO, TEN COMPASIÓN DE MÍ, QUE SOY UN PECADOR”, porque ve con claridad lo que es y que solo le queda la súplica.

Jesús concluye:

Os digo que este (el publicano) volvió a su casa justificado y el otro (el fariseo) no. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

La contraposición que hace Jesús en este texto es entre quien se auto-enaltece por considerar lo conseguido como mérito propio y quien, conocedor de su pobreza radical, sabe que solo puede esperar que Dios sea misericordioso con él. Cuando Dios ve a una persona así se derrama sobre ella, la justifica por gracia y la ensalza. Vacía de sí misma puede recibir la riqueza insondable de Dios.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí, querido lector, el comentario de hoy. Como en otros textos que ya hemos trabajado (el endemoniado de Gerasa o la mujer pecadora) Jesús nos hace ver que los que parecen y se creen buenos pueden tener un pecado mayor que aquellos que clasificamos como pecadores. Es así porque Dios ve el fondo de los corazones, mientras que nosotros solo vemos la exterioridad.

¡Pidamos al Espíritu Santo la gracia de ver la vida, las personas y los acontecimientos al modo de Jesús!

Nos encontramos en nuestro próximo comentario. Un abrazo.

Carlos Rey - SDB